

Historias de la Artámila

Ana María Matute

Edición de M.^a Teresa Mateu



ÍNDICE

9 **Introducción**

- 9 Yo soy la literatura
- 10 Literatura y vida
- 10 Vivir para contarlo
- 12 La guerra: los niños del largo asombro
- 13 La posguerra: una herida abierta
- 15 Temas de *Historias de la Artámila*
- 30 El silencio, el gesto y la palabra
- 31 El paraíso perdido
- 32 El lenguaje sagrado y el lenguaje ningún
- 32 Lenguaje y estilo
- 34 Una mirada especial
- 41 Bibliografía

43 **Historias de la Artámila**

- 45 El incendio
- 53 Don Payasito
- 59 La felicidad
- 67 Pecado de omisión

- 73 El río
79 Los alambradores
87 La chusma
93 Los chicos
99 Caminos
107 La fiesta
117 El gran vacío
123 Bernardino
131 El mundelo
137 El rey
147 La conciencia
155 La rama seca
163 Los pájaros
173 El ausente
179 Envidia
185 El árbol de oro
191 El tesoro
197 El perro perdido
- 201 **Después de la lectura**
-
- 201 Un libro no existe hasta que no se lee

INTRODUCCIÓN

Me parece que, a veces, la valentía se refleja en un gran temblor.

Ana María Matute, *Demonios familiares*

Yo soy la literatura

Un grupo de alumnos de la Universidad de Indiana, en Estados Unidos, pregunta a Ana María Matute cuál es su cargo en el centro. Y ella, sin títulos, todo lo contrario a los doctos profesores que les enseñan, contesta: «Yo soy la literatura». Quizá la frase podría parecer un tanto excesiva, pero en Ana María la fusión de la literatura y la vida, del mundo real y el imaginado, se daba con total naturalidad.

Conocedora a fondo del dolor y de la alegría, la risa no la abandonaría nunca —ni en los momentos más difíciles— ni la compañía de su muñeco Gorogó y la tristeza de que, en la especie humana, demasiado frecuentemente no existe el amor.

Su figura, tanto literaria como humana, era gigantesca, casi mítica, con los pies en la tierra y las manos en la luna.

Literatura y vida

Nuestra escritora nació en Barcelona en 1925, pero por confusión publicaron 1926 y ella, por coquetería, no lo corrigió. Pero hay que decirlo: morirse prácticamente a los noventa años no es ninguna tontería. Aunque nació en Barcelona, como su padre, el lugar que más la marcó fue Mansilla de la Sierra (La Rioja), donde vivían sus abuelos maternos. Allí, en contacto con la naturaleza, la mandaron a los cinco años para restablecerse de una grave enfermedad que la puso al borde de la muerte. Niña sensible y ensimismada, con una precocidad extraordinaria, ya sabía leer y escribir cuando acudió a la escuela, donde conoció un mundo diferente: la pobreza. Algunos niños iban descalzos y a los once años ya ayudaban a sus padres en el campo en unas condiciones durísimas.

Muchos de los campesinos que allí conoció fueron después personajes de sus libros: *Fiesta al Noroeste*, *Los hijos muertos*, *Historias de la Artámila*, *Paulina...* Le impresionó especialmente la situación de las mujeres, que iban a arar con sus hijos atados a la espalda, o con el recién nacido, al que dejaban bajo un paraguas abierto, junto a la comida, bajo el sol cruel del verano. O aquellos chicos (los Miguélez) a quienes se les murió el caballo y tiraban ellos mismos del arado porque no tenían dinero para comprar otro...

«¿Por qué nuestros amigos vivían de una manera tan distinta?, ¿por qué vestían de otro modo y comían y hablaban de otra forma? Todo esto, sin entenderlo, me dolía y pensaba: “Esos niños no saben lo que es la vida”. Estaba muy equivocada, la vida eran ellos...».

La pequeña Ana María sufría ya por la injusticia que soportaban «los otros», de distinta clase social: «Nosotros teníamos Reyes, los otros, no. Los otros no tenían nada, ni Reyes, ni fiestas de cumpleaños, ni ropa, ni comida...».

Vivir para contarlo

Fruto de esta experiencia traumática es *Libro de juegos para los niños de los otros* (1961), donde se presenta la otredad desvalida:

Los otros no nos gustan. Los niños de los otros no nos gustan. No son niños, no saben poner su mano en los cristales sin dejar huellas como de caracol. Son niños sin cara, sin orejas, sin labios. Tienen las manos llenas de piedras dañinas, y entre los dientes palabras que escupen, que caen comisuras abajo, como saliva. No nos gustan los niños de los otros, porque no son niños: niños como los nuestros. No nos gusta oírles, porque sus voces no son como las nuestras. No nos gusta mirarles, porque no queremos verles los ojos.

Es decir, que a estos niños no se les considera como tales. Se les invisibiliza para no inquietarnos y acallar nuestra conciencia. Y la aversión que producen se refleja en estas palabras:

Deberíamos bordar un largo cinturón de guardias, de soldados, alrededor de nuestros parques, para que no vengan los niños de los otros a orinarse en la arena de oro, donde se hundan las manos de los niños verdaderos. Deberíamos inventar más leyes, órdenes, castigos, para guardar la inocencia, la sonrisa. Que allá queden, al otro lado de los guardias, de los letreros que prohíben tocar las flores y el agua, los sucios juegos sin juguetes, los orines, los dientes cariados: los niños de los otros.

La fuerte y dolorida crítica social tiene una fuerza expresiva tremenda, desde el mismo título del libro (dedicado a los adultos) hasta la expresión metafórica «deberíamos bordar un largo cinturón de guardias...», con la sorpresa del verbo *bordar* en este contexto, palabra tomada de una actividad doméstica realizada por mujeres.

Y es una mujer, Ana María Matute, nacida en una clase social privilegiada, la que sacó a la luz, de una forma poética desgarradora, las desigualdades existentes, poniendo la atención sobre los niños, los seres más vulnerables.

Para ella, como para Rilke, la patria del ser humano es su infancia, y de la infancia no se sale, se sobrenace, y a ella tenemos que acudir si queremos ser personas completas. Por eso decía que la niñez es una etapa autosuficiente y cerrada, y si al crecer cambiamos siempre es para peor. Y en esta sociedad nuestra, tan desquiciada, los adultos que han conservado en su interior el espíritu de la inocencia son verdaderos artistas, aunque no sean pintores, músicos o poetas.

La guerra: los niños del largo asombro

El horror de la guerra civil (1936-1939) cambió completamente su vida. En una conferencia en Indiana, Estados Unidos, reflexionaba así:

De la noche a la mañana, aquella paz que se nos dio como segura e inamovible se agrietó de arriba abajo [...]. Esos niños de diez, de doce años que éramos, hubimos de preguntarnos por qué las monjas y los frailes de nuestros colegios se vestían de seglar, se disfrazaban, por así decirlo; por qué el sacerdote que nos dio la primera comunión se debía esconder como un ladrón; por qué la fábrica de nuestro padre ya no era de nuestro padre [...] ¿por qué, si eran oficialmente los buenos?

El descubrimiento de la muerte fue terrible: se asomó a la ventana y vio a un hombre muerto, asesinado, tirado en un solar; tenía un diente de oro y llevaba en la mano un trozo de pan con chocolate. Hasta ese momento creía que la muerte y todo lo que existía a su alrededor era una representación, un juego. Era una forma de autodefensa, en ella, que, sin embargo, era tan precoz. En «El niño al que se le murió el amigo» (*Los niños tontos*) presenta a un niño que deja de serlo cuando entiende lo que de verdad significa la palabra *muerte*.

Al ver que el mundo se desmoronaba como su teatrillo de papel maduró precozmente en el dolor: vivió en primera persona la injusticia y el hambre, hacía largas colas por un poco de comida o un trozo de pan, ella, que había vivido como en una bola de cristal y no podía salir sola a la calle. Pili, la hija de Isabel, que había trabajado en casa de Ana María, se hizo comunista y, al verla desfilar por la calle Muntaner con pancartas y pantalón corto, se convirtió en símbolo de un mundo desconocido, el mundo de fuera.

La tartamudez de la niña Ana María —una tartamudez muy grande, de risa, decía ella— desapareció al sufrir el primer bombardeo. Su familia se quedó sin nada y tuvo que sobrevivir entre el miedo y el hambre. Carecían de todo: «Cuántas cosas necesita un hombre para estar limpio» (*Los hijos muertos*), lo mismo que en «El incendio»: «El hambre y la pobreza son enemigos de la limpieza».

Historias de la Artámila

EL INCENDIO

Cuando apenas contaba cinco años destinaron a su padre a Pedrerías, y allí continuaba aún. Pedrerías era una aldea de piedra rojiza, en las estribaciones¹ de la sierra, más allá de los pinares: al pie de las grandes rocas horadadas por cuevas de grajos y cuervos, con extraños gritos repitiéndose en las horas calmas de la siesta; como aplastada por un cielo espeso, apenas sin nubes, de un azul cegador. Pedrerías era una tierra alejada, distinta, bajo los roquedales que a la tarde cobraban un tono amedrentado, bañados de oro y luces que huían. En la lejanía del camino había unos chopos delgados y altos, que, a aquella hora, le hacían soñar. Pero su sueño era un sueño sobresaltado, como el lejano galope de los caballos o como el fragor del río en el deshielo, amanecida la primavera. Pedrerías aparecía entonces a sus ojos como una tierra sorda, sembrada de muelas. Y le venían los sueños como un dolor incontenible: hiriendo, levantándole terrones de carne con su arado brutal.

En Pedrerías le llamaban «el maestrín», porque su padre era el maestro. Pero ni él sería maestro ni nadie esperaba que lo fuese. Él era solo un pobre muchacho inútil y desplazado: ni campesino ni de más allá de la tierra. Desde los ocho a los catorce años estu-

¹ *Estribaciones*: parte llana y última de una cordillera.

vo enfermo. Su enfermedad era mala y cara de remediar. El maestro no tenía dinero. De tenerlo no andaría aún por Pedrerías, perdiéndose en aquella oscuridad. Y tenía un vicio terrible, que iba hundiéndole día a día: siempre estaba borracho. En Pedrerías decían que al principio no fue así; pero ya, al parecer, no tenía remedio. «El maestrín», en cambio, aborrecía el vino: solamente su olor le daba vómitos. «El maestrín» amaba a su padre, porque aún estaban vivos sus recuerdos y no podía olvidar. A su memoria volvía el tiempo en que le sacaba en brazos afuera, al sol, y lo sentaba con infinito cuidado sobre la tierra cálida, y le enseñaba el vuelo lejano de los grajos en torno a los fingidos castillos de las rocas, entre gritos que el maestro le traducía, diciendo:

—*Piden agua, piden pan; no se lo dan...*

El maestro se reía, le ponía las manos en los hombros y le contaba historias. O le enseñaba el río, allá abajo. El sol brillaba alto, aún, y empezaba la primavera. El maestro le descubría las piernas y le decía:

—Que te dé el sol en las rodillas.

El sol bajaba hasta sus rodillas flacas y blancas, bruñidas y extrañas como pequeños cráneos de marfil. El sol le iba empapando, como un vino hermoso, hasta sus huesecillos de niño enfermo. Sí: el maestro no tenía dinero y sí el gran vicio de beber. Pero le sacaba al sol en brazos, con infinito cuidado, y le decía:

—*Piden agua, piden pan; no se lo dan...*

Los grajos se repetían, negros, lentos, con sus gritos espaciados y claros, en la mañana.

«El maestrín» no conoció a su madre, que, cuando llegaron a Pedrerías, ya había muerto. El maestro no tardó en amistanzarse² con Olegaria, la de los Mangarota, que iba a asearles el cuarto y a

² *Amistanzarse*: vivir maritalmente sin haberse casado por la Iglesia.

DESPUÉS DE LA LECTURA

Un libro no existe hasta que no se lee

Un libro no existe hasta que no se lee

1. Esto decía nuestra autora, que, como los demás escritores, buscaba la comunicación con el lector. Y, naturalmente, Ana María se exigía siempre la excelencia literaria.

A pesar de la gran popularidad que tenían sus escritos, no había tenido una experiencia: ver en el metro o en un parque a alguien leyendo una novela o un cuento suyos. El periodista le preguntó cómo reaccionaría en ese caso y ella contestó que se alejaría para respetar la intimidad de la lectura.

- ¿Cómo reaccionarías tú, pero en el caso inverso, si levantases la vista y vieses a Ana María cerca de ti?

2. Otra Ana María, tocaya de la Matute, escribe:

Náufrago en este mundo lejano por donde no pasan ni pasarán nuestras naves, perdido en este grano de polvo apartado de todas las rutas comerciales del universo, estoy condenado a la soledad esencial de sus habitantes, incapaces de comunicarse con una herramienta menos torpe, menos opaca que el lenguaje. Yo lo utilizo para lanzar mensajes en clave que solo los demás náufragos pueden comprender. La gente nos llama poetas. (Ana María Shua).

- En resumen, esta escritora argentina busca la comunicación a través de la poesía con personas que comprenden su mensaje y a las que también llama poetas. ¿Por qué?

3. Alguna vez, leyendo textos muy antiguos, nos da la impresión de que están escritos ahora mismo, incluso que se dirigen a nosotros, hasta definen sentimientos que no sabemos expresar o tratan temas que son de actualidad en nuestros días. Ese es el poder de la literatura.

- ¿A ti te ha pasado alguna vez, te has identificado con lo que estás leyendo?

4. En *Luciérnagas* se refleja muy bien lo que podría haberle sucedido a Ana María Matute en su colegio:

Sol descubrió que no sabía nada de Él [Cristo] y leyó los *Evangelios* apasionadamente para imaginar su voz. De pronto, amó la condición humana de Jesús y le admiró por haber nacido, por verle allí clavado. En un raptó interior, escribió una plegaria [...]. Pero Mére Colette se la arrojó al fuego.

—¡Hereje! —dijo con el ceño fruncido—. Criatura mala, rebelde. Usted parece ser hija de uno de esos desgraciados que queman los templos del Señor. El mundo está perdido. ¡Las jovencitas de buena familia escribiendo oraciones heréticas! Si aún fuese usted alguna de esas desgraciadas de «la otra casa», a las que ha faltado una madre que las enseñase a rezar...

Fíjate en que la monja se escandaliza hasta la exasperación, es incapaz de concebir una idea tan poética, casi mística... intentar imaginar la voz de Cristo. Algo difícilísimo de sentir y no digamos de expresar.

- Comenta la mentalidad de la monja, distinguiendo entre «buenas familias» y «desgraciadas familias». La «otra casa» era donde estaban las niñas pobres.

- ¿En qué consiste la diferencia, según la monja?

5. Ya sabes que Mansilla de la Sierra, donde Ana María pasó parte de su infancia, fue fundamental para escribir *Historias de la Artámila*, un nombre que ella se inventó para esta zona de Logroño. En los años 60 desapareció bajo un pantano y en momentos de sequía, cuando bajan sus aguas, se ven los muñones de los árboles sin ramas y el campanario de la iglesia, vacío y siniestro.

Para nuestra autora es el símbolo de su infancia perdida, de su paraíso particular.